

—Me encanta estar aquí arriba. Ya lo sabe, se lo he dicho infinidad de veces. Pero lo que no sabe, porque no se lo he dicho, es porqué me encanta estar aquí arriba... —Hoy tocaba discurso. Largo. Profundo. Sentido. Sin llegar a la verborrea de Fidel Castro, Mr. Yee también era afecto a las larguísimas peroratas. Y si estas iban a tener lugar en la vieja noria, todavía más. Porque cada vez que Mr. Yee le sacaba de ProFinal, agencia de exterminio de plagas, y le llevaba a aquel vetusto parque de atracciones, el discurso se prolongaba durante, al menos, cinco o seis viajes. No es de extrañar que el capataz de la atracción siempre les saludase tan afectuoso —. Hoy, estimado amigo, se lo voy a contar. Me encanta subir aquí arriba, porque desde esta altura uno gana perspectiva. Desde esta altura, uno logra distanciarse de los problemas que nos acechan en el suelo. Y sin problemas, la gente parece otra cosa. Toda esa gente que se ve desde aquí arriba, toda, parecen cucarachas.

A las cinco de la mañana es normal que uno no tenga ganas de despertarse, sobre todo cuando fuera hace menos de 15 grados bajo cero y está cayendo la nevada que será el récord del siglo, cuando el viento está a punto de alcanzar la incómoda velocidad de 45 km/h y la niebla no permite distinguir si lo que viene de frente es un coche o todo un parque de atracciones desplazándose incontrolado. Cuando la calefacción todavía no ha despertado de su programado letargo nocturno y el último vestigio de café debe encontrarse en ese registro fósil que forman los granos de azúcar, sal y arroz perdidos al final de toda despensa. Y cuando debajo del edredón de plumas se está tan a gustito.

Y sin embargo, a él no le costó nada despertarse.

A las cinco de la mañana.

Nevando.

Helando.

Con vientos huracanados.

Sin calefacción.

Y para colmo, sin café.

Se vistió como si esa fuese su hora habitual de vestirse. No desayunó, como si esa fuese su hora habitual de no desayunar. Se lavó los dientes como todos los días. Incluso al peinarse repitió los gestos acostumbrados. Sólo le faltó sentarse tranquilamente en el sofá y encender la tele. Pero ese día no tenía tiempo para presentadoras. Ese día tenía prisa.

Salió a la calle vestido con su traje de rebajas azul marino y su corbata azul claro, cobijado por su abrigo imitación de piel de camello y su bufanda gore—tex morada. Despierto, tan pleno de vida y energías iba, que no reparó en las inclemencias climatológicas: la descarga de adrenalina le mantenía despabilado y en guardia. Bien. Aquél iba a ser un buen día. Encontró el coche a la primera, acertó a meter la llave en la cerradura también a la primera y ocupó en el asiento del conductor sin tener que sentarse encima de nadie, por supuesto también a la primera. Todo estaba bien. Todo estaba en su sitio. Definitivamente, aquél iba a ser un gran día. Aunque el suyo no era un coche de lujo, un Volkswagen Escarabajo diesel de quinta mano de color amarillo desleído ya por los años, difícilmente puede ser considerado por nadie como un “coche de lujo”, solía ser invadido noche sí y noche también por los mendigos del

barrio. Al principio, nada más mudarse a aquella zona, aquella intrusión nocturna le molestaba sobremanera, hasta incívica, irrespetuosa le parecía, pero con el tiempo comenzó a verlo como algo habitual. “En algún sitio tienen que resguardarse”, solía excusarlos, “y mejor aquí, que no en casa”.

Metió la llave en el contacto. La giró. La volvió a girar. Nada. Ni siquiera un gemido. “Venga, arranca, no me hagas esto...” balbuceó. Y por primera vez fue consciente del frío que hacía al ver cómo el vaho salía de sus labios, tan denso, tan espeso que reproducía en escasos centímetros la cortina blanca absoluta que la niebla había formado en el exterior del vehículo. Se había quedado helado. De golpe. Volvió a girar la llave en el clausor. Nada otra vez. Ni siquiera el acostumbrado gemido. Cero. Habrá que coger un taxi. O dar un paseo. “No, si va a ser que a los coches sí que les cuesta madrugar...”.

Diez minutos después y tras la enésima intentona, el Escarabajo decidió ponerse en marcha. “Menos mal que sólo era que le costaba despertarse; por un momento pensé que había entrado en coma. Ay, el sueño eterno...” y, convencido que en la insistencia hay alguna virtud, dejó que su mente divagase recordando viejas películas de cine negro. Su preferida era una en la que Humprey Bogart seducía a Lauren Bacall tras silbar tres veces a modo de aviso de la llegada inminente de la policía. “¿O era al revés?”. La noche seguía inhóspita, pero la calefacción del coche empezaba a desentumecer sus congelados pies. “Si pongo el radiador entraré en calor; si abro la ventanilla, el frío me mantendrá despierto”. Sí, porque iba a necesitar estar despierto. Primero, por la niebla... Bueno, más que niebla, ese muro blanco que resplandecía con la más mínima luz haciendo que una bombilla se convirtiese en un cañón de luz y, un foco en condiciones, en un resplandor semejante al que ven los muertos justo después de haber repasado toda su vida a cámara rápida, produciendo en el conductor esa desagradable sensación de que cual las distancias y las proporciones de la calle se distorsionan alucinadas. Pero la niebla no era el único adversario al que tenía que enfrentarse. Y, además, no había que olvidar la nieve y el viento. Tres elementos que rara vez se dan simultáneamente, pero que cuando lo hacen suponen la peor pesadilla de quienes se ganan la vida al volante: camioneros, taxistas, repartidores y comerciales, todos ellos aprovechan esa circunstancia para alargar la comida, echarse una siesta o retrasar la salida. Y sin embargo, él decidió continuar. Aunque trazase las curvas a ciegas. Aunque tuviera que detener el coche al tacto en los semáforos. Aunque tuviera que conducir por instinto. Esa mañana tenía algo muy importante que hacer en el Museo Nacional de Historia Natural y ni la niebla, ni la lluvia, ni el viento iban a detenerle.

Aquel iba a ser el primer día del resto de su vida.

Llevaba meses planeando el golpe, había estudiado hasta el más mínimo detalle. Era, como suele decirse en estos casos, pan comido. Tan fácil que ni siquiera había contemplado la posibilidad de buscarse un compinche, alguien que, en caso de necesidad, fuese capaz de silbar tres veces. Había visto cientos de veces la entrada ideal al sistema de conducciones del aire acondicionado, en la parte trasera, justo al lado de la salida de basuras. Sabía de memoria sus conductos, qué tubo llevaba a dónde. Entrar en la sala de los artrópodos iba a ser cosa de niños. Destornillar la rejilla, descolgarse por el agujero y, ¡voilà!, allí estaría. Por suerte, los insectos son una forma de coleccionismo que aún no mueve las cantidades de dinero que mueve, por ejemplo, el arte o las drogas, por lo que aquel valiosísimo, en términos biológicos, que no pecuniarios, ejemplar de trilobites fosilizado, único en el mundo, que lucía la vitrina central de la Gran Sala Trilobites del Museo Nacional de Historia Natural no estaba protegido por alarmas, infrarrojos, rayos láser o perros, como lo están las Meninas de Velázquez o la heroína. Y, lo que era mejor, esperaría en los servicios, ya había pernoctado encerrado en ellos en un par de ocasiones y sabía que allí nunca entraba aquel vigilante anciano y raquítico que estaba a cargo de la sección de Insectos los miércoles como aquél, hasta que abriesen el Museo para salir por la puerta, como un visitante más. Pero dejando al Museo con un habitante menos. Así de sencillo. Además, unas condiciones meteorológicas tan adversas no podían sino venirle bien: menos gente pululando por la zona, menos posibles testigos.

En esas estaba cuando un enorme resplandor se le vino encima. Algo, una enorme masa de luz de colores parpadeantes había invadido su carril, descontrolado, y se había estampado contra su Escarabajo dejándolo inservible. No tuvo tiempo para esquivarlo. Fue sólo un segundo. Cuando se quiso dar cuenta, su coche estaba en dirección contraria al Museo y se negaba a arrancar. Otra vez. Pero esta vez era definitiva. El golpe había sido el tiro de gracia final: adiós al Escarabajo. “Brrrrr, si ese fuese el único escarabajo que he perdido hoy...”. Resignado, salió del coche y todo lo que llegó a ver de su agresor fue un sonido: una música de feria que iba desvaneciéndose de forma paulatina mientras aquello que le había atacado desaparecía entre la niebla, la nieve y el viento.

En toda casa hay una selva de dimensiones reducidas. En todas. Porque en todas las casas hay por lo menos una planta. Y donde hay una planta hay vida. Y donde hay vida hay bichos. Más grandes o más pequeños, pero bichos. Quizá no puedas verlos a simple vista, pero si

tienes una planta, tienes bichos. Bichos, sí, insectos. Con sus patitas, sus antenas, sus alitas, sus aparatos digestivos y su exoesqueleto. O, si tienes suerte, con todo a la vez. Pueden pertenecer al grupo de los arácnidos, los quilópodos, los miriápodos, los crustáceos o los insectos; pero todos serán artrópodos. Y si tienes más suerte, mucha más, puede que no correspondan a ninguna de las taxonomías conocidas. Que tu planta cobije a tu bicho y que tu bicho no corresponda a ninguna del más de un millón de especies y subespecies descritas en el Bulletin of the Entomological Society of America. Quizá te haya tocado la lotería y seas capaz de darte cuenta. Quizá, además, tu especie sea tan rara, tan inusual, que hasta recibas una recompensa. Quizá tengas en tu salón un ornitorrinco en miniatura: como cuando los ingleses llegaron a Australia en el siglo XVII y se encontraron con semejante criatura, un pato con pelos, un topo con pico, mitad ave mitad ratón, mamífero ponedor de huevos, toda una paradoja de sangre caliente y metabolismo estable. O quizá tengas un bicho bola. Como cuando el alemán Athanasius Kircher di Fulda encontró un insecto palo y lo calificó como el eslabón perdido entre los reinos vegetal y animal.

Y entonces, sólo entonces, te permitirían darle nombre, bautizar a una nueva especie de insectos. Hay quien bautiza estrellas; tú habrás bautizado a un bicho. Mucho mejor. Tú habrás bautizado un nuevo artrópodo y cobrado una suculenta recompensa por ello. Al fin y al cabo, tras la próxima hecatombe nuclear, sólo sobrevivirán los insectos. Sólo tendrías que pasarte por el departamento de Entomología del Museo Nacional de Historia Natural y preguntar por el encargado. Tras las pertinentes comprobaciones por parte del científico bastaría con que rellenases un formulario y en la casilla en la que preguntan cómo quieres bautizar la nueva especie, escribir tu nombre. O tu apellido. O tu mote.

El dinero lo recibirás por transferencia bancaria al cabo de unos días.

—Juan...¿Juan?...¡Juan! ¿Pero tú sabes qué hora es? ¿Qué coño haces en la calle a estas horas? ¿Y qué coño haces llamando al telefonillo, a mi telefonillo, a las cinco y media de la madrugada? ¿Pero tú sabes el día que me espera mañana? Mañana toca inspección general, viene hasta el Director de Sección... ¿Pero qué cojones te estoy contando? ¿Te ha pasado algo? ¿Te ha pasado algo o simplemente eres así de imbécil? ¡Tú eres imbécil! ¡Tú te has propuesto no dejarme vivir! Me tienes hasta las... — por suerte un zumbido no permite escuchar el final de la frase: es el zumbido que abre la puerta del portal. Bzzzzzz. Clack. Es el chasquido de la cerradura. ¡Zas! Es el portazo que pega el portón al cerrarse.

Crack. Es el ruido de la suela al aplastar la vieja tarima. Creeeeck. Es el quejido de la madera tras ser aplastada. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Es el diálogo suela—escalón que acompañaba a Juan mientras llegaba al primer piso. Ñiiiiieeck. Es la puerta que se abre. No ha habido que llamar al timbre. ¡Plash! ¡Plash? Es la bofetada en la cara de Juan.

—Perdona, ya sé que es temprano...

—¿Temprano...? ¡Las cinco y media no es temprano; las cinco y media es muy temprano!

Entró en el apartamento. Era un piso modesto, pequeño, a pesar de albergar dos habitaciones, salón, comedor y cocina. Modesto y pequeño, pero su propietaria lo había decorado con esmero. Cada uno de los ambientes era perfectamente distinguible del otro. El salón era un salón; el dormitorio, un dormitorio; el despacho, un despacho; y la cocina era una cocina. Todo reducido a la mínima expresión, de dimensiones diminutas. Con los muebles y adornos suficientes para que todavía se distinguiese su función, salón, dormitorio y cocina, pero sin concesión ni espacio para el lujo. Todo muy funcional y, al mismo tiempo, todo muy personal. Los marcos de los cuadros serían de multinacional de la decoración, pero las láminas era imprevistas escenas de gente corriente ocupados en cosas corrientes. Las estanterías eran de saldo de alguna superficie comercial, pero los libros que sujetaban estaban escogidos con gusto. La vajilla no era muy diferente a la de un bar cualquiera, pero la comida que sustentaba era más propia de restaurante de firma. Una, que así se llamaba la propietaria, los pelos despeinados y los brazos cruzados sobre un albornoz de rayas rojas, estaba de pie en mitad del salón. Tenía los ojos clavados en Juan. Estaba esperando una explicación, una aclaración, unas palabras, incluso un abrazo, algo que la ayudase a comprender por qué había sido sacada de la cama antes, mucho antes de que amaneciese.

—Es que mi coche... Mi coche se ha estrellado contra un parque de atracciones... Un parque de atracciones móvil, que iba al menos a 150. Además ocupaba mi carril —fue todo lo que se le ocurrió decir a Juan.

—Ya... Comprendo... Un parque de atracciones... —De pie, frente a ella, Juan todavía parecía más bajo de lo que era. La diferencia de estatura, aunque siempre a favor de Una, no justificaba la distancia que en ese momento había entre uno y otra. Era como si ella viviese en lo alto de una nube mientras que Pulgarcito aún estuviese empezando a escalar la guisantera. Tanta era la distancia que les separaba que Una no pudo sino ablandarse, dar un paso hacia atrás y sentarse en la cama: —Mira, Juan...

—Dabús, por favor —le interrumpió Juan.

—Mira Dabús, acuéstate en el sofá y mañana hablamos. Seguro que lo que te ha traído aquí a estas horas es sumamente... razonable. Seguro. Si no, no tendrías la mala cabeza de despertarme a estas horas... Pero es mi cabeza la que no está para explicaciones, así que, anda, hazme el favor de echarte en el sofá y ya hablaremos mañana en el desayuno. ¿Te apetece pan con aceite, sal y ajo?

—Dabús...

—Pues venga, acuéstate y mañana te lo preparo... —Y mientras le hablaba suavemente le empujó tiernamente hasta el sofá, esperó a que se quitase la chaqueta azul marino, la corbata azul claro y los zapatos de cordones y le tapó con una manta. Sólo faltó que el beso en la frente para completar la escena maternal. Pero en realidad, no hubiera hecho falta porque Juan, Dabús, ya había caído frito antes incluso de que ella le arropase.

Esa noche Juan volvió a soñar con multitudes.

En La Tierra no hay familia más numerosa que la de los artrópodos. Hasta hoy se han descubierto 1.065.000 especies distintas. Entre arácnidos, insectos, crustáceos y demás, suman más del 80% de los seres vivos. Sólo de escarabajos se han definido ya 350.000 especies distintas. Se calcula que todavía faltan millones por descubrir en la última frontera biológica: la bóveda del bosque tropical. Y en cada especie, el número de ejemplares es inmenso. Un solo enjambre de langostas migratorias, observado en julio de 1975 en las Montañas Rocosas, ha llegado a cubrir una superficie de más de 514.000 kilómetros cuadrados y, según algunos entomólogos especializados en plagas, estaba formado por más de 12 trillones de insectos, con un peso aproximado de 25 millones de toneladas. Toda una familia numerosa. La familia artrópoda. Y que, además, sigue creciendo: cada año se descubren alrededor de 5.000 especies; sólo en España se descubre una especie nueva cada 5 días. Muchas de ellas en entornos domésticos. Porque, es cosa sabida, en toda casa hay una selva de dimensiones reducidas: tus plantas son la última frontera biológica, de bolsillo.

A las ocho y media de la mañana, el olor a café recién hecho despertó a Juan.

—¿Y mis tostadas? —fue lo primero que dijo. A continuación se estiró, tanto y tan fuerte, que todas las articulaciones de sus extremidades superiores acabaron por chasquear. Dentro de lo que cabía, después de levantarse a las cinco a.m., chocar con el coche y dormir en un sofá, no

se encontraba del todo mal. No tenía más dolores que los acostumbrados: aquella vértebra, vieja compañera suya, empeñada en recordarle cada mañana que, efectivamente, estaba vivo. Y despierto.

—Jajaja, menuda jeta la tuya —rió Una. —Enseguida te las pongo... ¿Cuántas quieres? ¿Has descansado? Anda, pasa ahí dentro y dúchate. Cuando salgas tendrás el desayuno preparado.

Era cierto. Cuando salió del baño se encontró con un completo desayuno, tan completo y tan bien servido que parecía más un anuncio que la realidad. Todo estaba perfecto, como si lo hubiese dispuesto el mejor equipo de estilistas de Madison Avenue. Tanto que, durante unas décimas de segundo, Juan esperó que le cambiasen de canal y, de pronto, se viese otra vez no—desayunando, como todos los días. El café humeante, el zumo recién hecho, las tostadas oliendo a ajo, croissants a la plancha, donuts de mermelada... hasta las servilletas de papel hacían juego con el mantel y la decoración de las tazas. De pronto, a Juan se le hizo la boca agua. Quería probarlo todo. Es más, quería devorarlo todo. Se sentó a la mesa bajo la mirada, atenta pero comprensiva de Una, y se puso a comer. Todo estaba delicioso.

Segundos después, se vio a sí mismo salir del dormitorio de Una. Se vio a sí mismo salir del dormitorio de Una desnudo. Se vio a sí mismo salir del dormitorio de Una desnudo, con una toalla enrollada a la cintura como única vestimenta. Se vio a sí mismo salir del dormitorio de Una desnudo, con una toalla enrollada a la cintura como única vestimenta y besar a la anfitriona en la boca. Se vio a sí mismo salir del dormitorio de Una desnudo, con una toalla enrollada a la cintura como única vestimenta y besar a la anfitriona en la nuca mientras le pellizcaba el culo. Y Una no protestó, sino todo lo contrario: le devolvió beso y pellizco.

—Hola, tú eres Juan, ¿verdad? —Juan, todavía con la boca abierta para dejar paso a lo que iba a ser el primer bocado de la primera tostada, no contestó. —Pues si no te importa, paso y me ducho.

“Efectivamente, han cambiado de canal”, pensó. Todavía no había vuelto a cerrar la boca cuando aquél otro él había salido de la ducha. Engalanado. Feliz. Grande. Y para colmo de males, llevaba su misma ropa. Aquel traje de rebajas azul marino, aquella corbata azulada eran iguales a las suyas. Incluso parecían las mismas. Pero en aquel sí mismo parecían mejores. No tan de saldo; no tan desleídas. Más optimistas. No estaban arrugadas y, sobre todo, no transmitían aquella sensación de fracaso por no haber hecho lo que llevaba tanto tiempo planeando hacer.

—Hola, yo también soy Juan —vio cómo se presentaba él a sí mismo, mientras se sentaba en la mesa y cogía una tostada con aceite para llevársela a la boca. Igual que él. —Me ha contado Una —siguió Juan — que anoche tuviste un percance con un parque de atracciones... Es

curioso, yo estuve a punto de dármele con un camión de esos que transportan atracciones de feria. Se salió de su carril y se abalanzó encima de mí. Supongo que el conductor iba cansado; debió quedarse dormido. ¿Sabes qué me hizo reaccionar a tiempo? Para mantenerme despierto, anoche llevaba la ventanilla abierta. Y unos segundos antes de que las luces multicolores del camión me cegasen, escuché una música de feria... Entonces supe que algo se me venía encima...

—Juan... —interrumpió Una mientras señalaba el reloj, suplicando que apurasen porque ella tenía que salir a trabajar.

—¡Dabús! —le corrigió al instante el Juan siniestrado.

—Dabús, si no es mucho pedir —intervino, mucho más afable y cordial, el segundo Juan.

“Efectivamente, han cambiado de canal, pero se ha colado una interferencia”. No podía ser. Aquello no tenía sentido. Juan miró a Una. Y volvió a mirar Juan. Y se vio a sí mismo mirando a Una.

Atónito.

Perplejo.

Confuso.

Turbado.

Mudo.

Las cucarachas albinas no existen. Las cucarachas, simplemente, crecen. Y las cucarachas, como todos los artrópodos, poseen exoesqueleto. Es más, los artrópodos son justamente famosos por eso, por poseer exoesqueleto. Exoesqueleto. Esto es, tienen el esqueleto por fuera. O sea, que su aparato óseo cumple tres funciones básicas: esqueleto, piel y protección. Esqueleto, porque les permite combatir la gravedad al ganar consistencia corporal; piel, porque distingue esa consistencia del medio; y protección, porque a veces la consistencia corporal no lo es tanto.

Pero a veces, sí. Como cuando las cucarachas crecen. Entonces su consistencia lo es tanto que acaba por romper el caparazón desde dentro. El exoesqueleto se les ha quedado pequeño. Se despojan de él, lo abandonan y se hinchan todo lo que pueden.

Entonces se quedan blancas.

Cucarachas blancas.

Albinas.

E hinchadas.

Pero sólo por unas horas.

Sólo hasta que el óxido solidifica y ennegrece el nuevo exoesqueleto.

ProFinal era una empresa conservadora. Lo cual, aunque en principio podría parecer paradójico por tratarse de una empresa dedicada al exterminio de plagas de insectos, tenía cierta lógica. Era conservadora hasta en el eslogan: “Bicho bueno, bicho muerto”. Se le había ocurrido a su fundador hacía 57 años, cuando tan sólo contaba 13. Estaba en la terraza de su casa, una soleada terraza cuadrada que coronaba un edificio cuadrado de dos plantas, encalado en blanco y con vistas a la vega cantonesa, decorada con maceteros de bambú flecha en todas sus esquinas, el mismo bambú flecha del que se alimentaban los osos panda a unos escasos cientos de metros, allí en las montañas, y dividida en diagonal por dos cuerdas en las que se oreaba la colada de la tarde anterior. Estaba allí, empezando a descubrir su sexualidad, cuando vio por el rabillo del ojo que una mancha blancuzca cruzaba el terrazo. Al no atravesar su campo de visión principal, la mancha no era más que eso, una mancha borrosa, desenfocada. Un halo blanco y denso como un campo de niebla en miniatura. Giró la cabeza y sus ojos enfocaron el rostro de una cucaracha. Albina, además. Una cucaracha blanca. “Las cucarachas albinas no existen. Las cucarachas, crecen. Así de sencillo”, se dijo a sí mismo, “es sólo que cambió de esqueleto hace menos de tres horas”. Y era cierto. La cucaracha hacía menos de tres horas que había cambiado de caparazón. Aquello despertó su curiosidad: si el nuevo caparazón no tenía más de tres horas, quizá todavía conservase algo de sensibilidad. Y en ese momento se levantó: había descubierto que el conocimiento profundiza, intensifica el sabor de la crueldad.

Si tenía el caparazón más sensible, entonces tendría los filamentos de la parte superior trasera del caparazón aún más sensibles. Esos filamentos sensibles a la más mínima variación, movimiento del aire que se produjese en el entorno trasero de la cucaracha. Esos filamentos son, por decirlo de alguna manera, los espejos retrovisores de las cucarachas: un avanzado, un sofisticado sistema de alarma que avisa a la cucaracha ante cualquier peligro que se aproxime por la retaguardia.

Y si esos filamentos tan sensibles aún lo eran más de lo habitual, entonces aquella cucaracha era una cucaracha para jugadores expertos. La cucaracha ideal para quienes se atreven a jugar en modo avanzado.

—Call me The Master! —murmuró mientras se disponía a jugar con su ballena blanca en miniatura, su Moby Dick de bolsillo.

Se incorporó y la rodeó con sus manos abiertas para poder ver a través de ellas. Esperó a que se descubriera atrapada. Esperó a que se agotase. Y entonces, levantó las manos. Ya no necesitaba el coso. Ahora el ruedo sería toda la superficie de aquella azotea. Una plaza sin barreras ni burladeros, sin tendido ni pasodobles.

Era el momento del picador.

Estiró un dedo y se puso a aguijonear a la cucaracha. Primero la había agotado; ahora la estaba revitalizando. La estaba hostigando para que la combinación de ira, terror y viejos instintos la volviesen a poner en marcha. Y con ella sus sensibles filamentos. La cucaracha despertó e, iracunda, aterrorizada puso en marcha su respuesta ancestral, la huida. Tenía que escapar. Y mientras lo intentaba, aquel chico de rasgos orientales la perseguía, tentando la suerte, haciendo quites maestros: juntos recorrieron la azotea en todas las direcciones posibles durante más de una hora. Hasta que el sudor no comenzó a gotear en la frente de ambos, la cucaracha nunca rehusó el combate, jamás se entregó desesperada, sino que continuó combatiendo hasta que sus fuerzas le flaquearon: demostró una nobleza inimaginable.

Era el momento del matador.

Pero aquella cucaracha de comportamiento tan encomiable se merecía un destino mejor. Aquella cucaracha no merecía despedirse de este mundo con un simple pisotón. Aquella cucaracha merecía la inmortalidad.

Entonces fue cuando el chico decidió cuál sería su futuro profesional.

Aprovechando que el artrópodo estaba agotado, buscó dónde guardarlo. Y se decidió por el tiesto de uno de aquellos bambúes. Volcó la maceta, sacó la tierra y puso el tiesto, boca abajo, encima del bicho. Tras lo cual bajó corriendo a su cuarto en busca de un tarro y alcohol.

Algún día esa cucaracha blanca presidiría la sala museo de exposiciones de ProFinal. Un anexo a la empresa con el que el dueño quería rendir tributo a todos los artrópodos que había exterminado. A todos los artrópodos que habían marcado su vida.

Dentro de un hormiguero, con tantas galerías, pasillos y recovecos, con tantos rincones en los que esconderse y dar un susto a tus compañeros, con tantos huecos donde acurrucarse y echar una siesta reparadora — algunos hormigueros tienen más de 200 kilómetros de túneles —, bien podría decirse que la vida tiene que ser, cuando menos, distraída. Pues no. Las hormigas no hacen otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar. Hasta la reina, la única que alguna vez ha tenido un contacto sexual, el único momento de placer que se da en cada generación de hormigas, no hace otra cosa sino trabajar. Y es que la gran mayoría de las hormigas no tiene vida sexual alguna. Renuncian al placer por el bien de la colonia. O mejor dicho, renuncian al sexo para asegurar su supervivencia. Prefieren dejar la cosa sexual para la reina y ellas dedicarse a trabajar para que no le falte nada a la comunidad. En ese sentido, se diría que todas las hormigas, salvo la reina, son católicas.

En la tarjeta de Juan, justo debajo de la ilustración de una cucaracha blanca que era el logotipo de ProFinal, se podía leer “Juan Onésimo. Adjunto al Director Técnico”. Era un puesto cómodo, de responsabilidad relativa, sin demasiada tensión y sin demasiado estrés. Y por consiguiente sin demasiado sueldo. Bueno, en ProFinal ningún sueldo era demasiado. De forma oficial y de cara a la galería, su cometido era servir de apoyo teórico al Director Técnico. Se suponía que Juan era quien proporcionaba estrategias, prescribía insecticidas y tratamientos de mantenimiento a su Director. Pero además de realizar su trabajo como Adjunto al Director Técnico, era también Adjunto al Director de la Gran Sala Trilobites ProFinal. Si el primer cargo no era excesivamente complicado, simplemente había que estar al tanto de las novedades del mercado, mantenerse informado y parecerlo, el segundo cargo cada día le consumía más.

En ambos puestos, la principal dificultad que presentaba su trabajo estribaba en que el Director Técnico y el Director de la Sala-Museo eran la misma persona: el dueño de ProFinal. Y cuando ambos Directores o el dueño tenían un mal día, él estaba ahí, a mano, para pagar los platos rotos. Pero como contrapartida, estar tan cerca de la reina del hormiguero suponía que él a veces también podía disfrutar de los placeres del sexo, que en ProFinal se traducían en copiosas comidas con los mejores clientes, otros dueños de empresas, generalmente pequeñas industrias de alimentación y almacenes de papel, que requerían sus servicios de mantenimiento e higiene y, más aún, necesitaban el certificado de empresa saneada para poder continuar con su actividad, como exigía la legislación vigente, y que sólo ProFinal era capaz de proporcionar a un precio tan competitivo.

Juan había comenzado a trabajar allí inmediatamente después de finalizar la Universidad. Durante sus estudios, que había concluido con una nota algo mejor que mediocre, se había especializado en biología molecular y su impacto sobre el sistema nervioso de los artrópodos. Eso le llevó a construir su tesis doctoral en torno al apasionante tema de la parálisis mortal en artrópodos debida a la ingesta de insecticidas. “Gestión del sistema nervioso artrópodo. Estrategias, medios y perspectivas”, era el título. La defendió delante de un tribunal exactamente dos años después de haber acabado la carrera. Y como en aquellos años la biología industrial estaba en boga, todos los catedráticos ostentaban altos puestos en alguna multinacional alimentaria, vieron en aquel chico, en el énfasis que ponía al exponer sus ideas, en el entusiasmo empleado en cada argumentación, en el ímpetu con que rebatía cualquier crítica, vieron al

hijo que ellos siempre quisieron tener y le otorgaron la calificación máxima: Cum Laude.

Con aquel expediente académico no tardaron en llegarle varias ofertas profesionales. Muchas de ellas venían de las mismas multinacionales en las que trabajaban esos catedráticos que tan bien le habían valorado; pero, entre todas, destacaba una. Era de una pequeña empresa, de no más de veinte años de antigüedad, con pocos empleados y sin grandes planes de expansión. Además, ofrecían más sueldo y mejores condiciones. Parecía un trabajo cómodo en una empresa sin demasiadas aspiraciones: el lugar ideal para comenzar una carrera profesional. A pesar de las críticas de aquellos catedráticos, decidió aceptar la oferta de ProFinal y empezar a trabajar allí como Adjunto al Director Técnico.

Años más tarde, se convertiría, además, en Director de la Sala de Entomología ProFinal.

Los artrópodos actuales son a los trilobites lo que los griegos actuales son a los griegos clásicos.

Los griegos clásicos sentaron las bases de lo que es hoy la civilización occidental. Fundaron la paradoja, descubrieron el “yo”, inauguraron la tragedia y la epopeya, logos y paedia,... Los griegos actuales, por importantes que sean, y acaban de ganar al Eurocopa de Selecciones de Fútbol, jamás alcanzarán la trascendencia de sus antepasados.

Los trilobites (que por algo tiene nombre de raíz griega) sentaron las bases de lo que es hoy la vida vertebrada. Tuvieron el primer sistema óseo de La Tierra, desarrollaron las primeras formas de visión, ojos y nervios ópticos, fueron los primeros animales en reinar en el planeta azul y también los primeros en abandonar el mar... Los artrópodos actuales, por importantes que sean, y acaban de descubrir que pueden habitar ecosistemas que hasta ahora se consideraban inhabitables, jamás alcanzarán la trascendencia de sus antepasados.

Y si los trilobites son la Grecia clásica, el Ptychopariina Hallucigenia es Sócrates.

—Juan, ¿puede venir a mi despacho? —era Mr. Yee, el Director Técnico y dueño de ProFinal, a través del teléfono interno. Y cuando el dueño de tu empresa te dice que vayas, vas. Mr. Yee había llegado a nuestro país como un humilde inmigrante, pero a base de esfuerzo y tesón se había convertido en todo un prohombre, aunque fuese un prohombre modesto y limitado al sector de los exterminadores. Ahora

contaba con una pequeña empresa que daba trabajo a 24 personas y, lo que cada vez le parecía más importante, una no tan pequeña fortuna en algún banco de Hong Kong.

Juan se levantó de su asiento y se dirigió al despacho de Mr. Yee.

—Pase Juan, pase —Mr. Yee le conminó a entrar. Y sin el más mínimo asomo de ironía, continuó: —este señor ha tenido la amabilidad de venir a visitarnos...

—Permítame que me presente. Soy Hank Quinlan, inspector de policía.

Acto seguido, como si estuviera cumpliendo un mero acto protocolario, el agente abrió la cartera y le enseñó la placa: allí, grabado en oro de pega, brillaba el nombre del agente: Ciertamente, era Hank Quinlan. Un estirado, o más bien, alargado, pelirrojo alto ya entrado en la treintena. Irlandés. O de ascendencia irlandesa, puesto que nada en su acento le delataba como irlandés. Vestía una chaqueta de espiga, en tonos marrones, pantalones vaqueros y zapatos negros de cordones. No parecía un policía, aunque nadie sepa a ciencia cierta qué aspecto se le supone a un policía. Parecía, más bien, un joven y dinámico profesional: un abogado, un psicólogo o un analista de sistemas. Juan sentó en la única silla que quedaba libre:

—Encantado, ¿qué puedo... podemos hacer por usted?

—El *Ptychopariina Hallucigenia* ha desaparecido —disparó.

“Sin duda está esperando algún tipo de reacción por mi parte”, reflexionó Juan. Y le devolvió la mirada al agente.

—Estos servidores de la ley —intervino Mr. Yee —han tenido la delicadeza, el exquisito detalle de venir a informarnos de una desafortunada nueva. El *Ptychopariina Hallucigenia* ha desaparecido. Ya lo conoce; el trilobites aquel del que tanto hemos hablado, el que estaba en la sala principal de entomología del Museo Nacional de Historia Natural. Un ejemplar único en el planeta —dijo mientras su mirada se pisaba en ambos visitantes —. Magnífico, bello...

El *Ptychopariina Hallucigenia* era la joya de los trilobites: uno de los fósiles más antiguo y mejor conservado, pertenecía a la mejor colección entomológica del mundo, la Gran Sala Trilobites del Museo Nacional de Historia Natural. Y era, también, el motivo por el que Juan se había despertado a las cinco de la mañana; por lo que se había enfrentado a la niebla, la nieve y el viento; por lo que había chocado su coche contra un parque de atracciones reptante...

Y ahora, había desaparecido.

—¿Y cómo ha sido?

—Un robo digno de un aprendiz... —afirmó el detective.

—Parece —interrumpió Mr. Yee —que el ladrón pasó allí la noche aprovechando la deficiente calidad del turno de vigilancia de los miércoles...

—El robo de alguien sin oficio ni talento... —confirmó el inspector.
—...y abandonó el edificio —volvió a interrumpir el exterminador oriental —por la mañana, después de que abriesen el Museo...

—Un robo digno de un lector de tebeos... —reafirmó, de nuevo, el agente.
—...y ahora creen que —interrumpió por tercera vez el señor Yee —o se ha puesto o se va a poner en contacto con nosotros, con alguien de ProFinal en cualquier cas...

—¡Por amor de dios —gritó mientras se levantaba el policía. Ya no podía más, había aguantado tres interrupciones y, a pesar de su experiencia, estalló, —¿quiere dejar de interrumpirme? ¿Quiere dejar de hacer mi trabajo? Si usted hace de policía amable, ¿qué hago yo? —A lo que Mr. Yee se incrustó en el respaldo de la silla. Por primera vez en su vida, alguien había sido capaz de callarle. Humillado, guardó silencio hasta el final de la exquisita visita —Haga el favor de permanecer callado y todo será más fácil, al menos para mí. Se trata —dijo, dirigiéndose a Juan —de un robo mal planeado, mal planificado y mal ejecutado. Y, para más inri, se trata de un *Ptychopariina Hallucigenia*, un fósil de trilobites único eso sí, pero un objeto tan especializado que no demasiada gente pagaría por él. Lo que me hace pensar que el ladrón o bien era un entomólogo o bien estaba asesorado por un entomólogo. Lo que me lleva a ustedes: los mayores coleccionistas de este país de artrópodos disecados.

—No puede ser... —se lamentó Juan.

No podía ser.

“No puede ser”, pensó Juan, “dos sorpresas el mismo día. Primero Una, después de haberme robado el sueño durante tanto tiempo, va y me...; y después, van y roban el trilobites que yo pretendía robar”.

No podía ser.

—Pero esté tranquilo, hijo —siguió amablemente Mr. Yee —no le he traído hasta aquí arriba para aburrirle con mis pequeñas cuitas, no. Lo que yo puedo ver con estos dos ojos será siempre menor, ridículo, comparado con lo que pueden ver nuestros cuatro ojos. Quiero compartir con usted una visión. Por eso le he invitado aquí arriba hoy —e hizo una breve pausa para arroparse con el abrigo. En lo alto de la noria hacía frío, sí señor. Y, después de subirse los cuellos, continuó: —Ya sabe que el año que viene ProFinal cumple su vigésimo aniversario. Y tenemos que celebrarlo como se merece esta institución. Convendrá conmigo que como empresa disfrutamos de una situación inmejorable: una clientela consolidada, un balance saneado y una situación ventajosa frente a nuestros más cercanos competidores. Y eso lo hemos conseguido trabajando día a día, siempre con la satisfacción del trabajo bien hecho, pero sin contentarnos jamás con lo ya conseguido. Desde que llegué a este país, su país que ahora también es el mío, he tenido la fortuna de rodearme de gente comprometida con su trabajo; honrados trabajadores con quienes he tenido el placer de compartir una visión: un mundo más limpio, un mundo más higiénico: un mundo libre de la amenaza patológica de las plagas de insectos. Somos una empresa de exterminio de plagas. Y lo que hacemos, lo hacemos bien. Y a precios muy competitivos. Esa es la fórmula de nuestro éxito: ofrecemos la mejor combinación de profesionalidad y servicio. Así ha sido desde el primer día y así será el día siguiente a que cumplamos veinte años.

Juan ya estaba acostumbrado a los larguísimos parlamentos de Mr. Yee. Y en cierta medida le gustaban. Era un hombre solitario y él, Juan, con el tiempo se había convertido en algo así como, si no su confidente, sí una especie de aprendiz, de heredero en el sentido oriental de la palabra. Mr. Yee era el Maestro y Juan su acólito. ProFinal era una academia en la que Mr. Yee le transmitía su sabiduría, sus conocimientos, su experiencia, y se la transmitía de forma oral como si de un maestro en filosofía zen o de artes marciales se tratase, con la única diferencia que el discurso de Mr. Yee estaba tan salpicado de misticismos como de tecnicismos empresariales: combinaba con gracia y gusto el haiku más refinado con la jerga gestora más burda, la sentencia delicada con el vocabulario financiero. Además, cuando caía una perorata como aquella es que todo iba bien. Así que le dejó seguir hablando.

—Pero no sólo hemos compartido esa visión —continuó—, también hemos compartido la misión, los caminos que han hecho posible que ProFinal esté donde está hoy. En todo lo alto. Caminos que hemos abierto nosotros. Caminos que hemos ido descubriendo juntos. Caminos que transitamos mejor que nadie. Caminos en los que todos nosotros hemos puesto en peligro hasta nuestras propias vidas. Y no estoy hablando de los insecticidas tóxicos o los riesgos laborales habituales de nuestra profesión. No; estoy hablando de un peligro aún mayor, más profundo... Más trascendente; místico, me atrevería a decir. Durante casi veinte años hemos estado contradiciendo, hemos estado contraviniendo a los dioses... —En ese momento, Mr. Yee hizo una pausa. Juan, que acertó al temerse que en realidad lo que quería su jefe era comprobar qué efecto habían tenido sus palabras en su acólito, mantuvo el gesto serio y profesional que, pensaba, requería la situación. —Recuerde que en vuestro... nuestro Viejo Testamento, cuando los dioses querían castigar a los hombres no hacían otra cosa que enviarles una plaga. Y nosotros, convencidos de que la salud de las personas está por encima de ninguna divinidad, hemos luchado con ahínco y sudor, y sobre todo con éxito, contra las plagas. Quizá los dioses nos deberían de haber castigado. Quizá... Pero no lo hicieron. Y nosotros, como muestra de gratitud y reconocimiento a un trato inmerecido por nuestra parte, tenemos, debemos, estamos obligados a hacer algo por los dioses a quienes hemos contrariado durante casi veinte años. Necesitamos realizar un acto público de desagravio para con esos mismos dioses. Necesitamos volver a merecer su favor. Por eso esta mañana he desayunado con el Director de nuestro Banco.

Pero la relación entre acólito y Maestro, para que se realice en toda su magnitud, siempre tiene que tener un final. Tiene que concluir. Hasta que el discípulo no rompa lazos con su preceptor, no se puede afirmar que la instrucción haya terminado. Y toda instrucción termina, se supone, con éxito. Para Juan el éxito era librarse de aquel pesado, de aquel capullo que no hacía otra cosa sino aprovecharse de su curro. Darle la brasa era su deporte nacional. Ya no eran las jornadas de más de diez horas al día, a veces hasta seis días a la semana. O las continuadas faltas de respeto. O el desprecio soterrado, subyacente a todos sus reproches. No. Era, simple y llanamente, que estaba hasta los cojones. Tenía que deshacerse de él. Tenía que perderle de vista.

Para siempre.

Uuuuuuuuuueeeeeeeeeeeeeaaaaaaa...

Al sonar la alarma, el agente de policía agachó la cabeza instintivamente.

—Disculpe —gritó Mr. Yee por encima del ruido de la sirena —pero me temo que se trata de uno de nuestros clientes. Juan, ¿le importaría ir a ver qué pasa?

Juan salió del despacho. En recepción ya le esperaba su equipo: almacenes Sheridan & Co, importador de alimentos exóticos, estaba sufriendo un ataque de escala 3. Y cuando una empresa de alimentación sufría un ataque de escala 3, era imprescindible acudir de inmediato. Así lo había establecido Mr. Yee en el pliego de PEPIT-O, Plan de Emergencia para Plagas e Infecciones Tropicales, Capítulo Cero. “Joder, una escala 3 ahora, ¡justo lo que necesitaba!”, juró, “pero al menos podré librarme de ese policía”. Cogió la bolsa con su equipo de protección y se unió a los suyos. Ya se vestiría en la furgoneta.

Tardaron 23 minutos 18 segundos en llegar ante la puerta de los almacenes, lo que no estaba mal teniendo en cuenta que la sede de Sheridan estaba al otro lado de la ciudad y que ésta estaba atascada como nunca a causa de la nevada de la noche anterior. Los almacenes eran una gran nave industrial en mitad de un polígono perdido, tan retirado de cualquier centro urbano que hasta allí sólo iban las putas y los clientes de las putas. Una de ellas, la más exótica, mezcla de negra y asiática, se acercó hasta ellos. Seguramente era la estrella del lugar; un privilegio que le duraría seis meses a lo sumo, el tiempo que el proxeneta tardaría en conseguir carne fresca... Se acercó hasta ellos e hizo el ademán de enseñarles una teta para animar la cosa, cosa difícil con tanta ropa de abrigo, pero se detuvo al instante cuando vio a los tres ocupantes. Tan exhaustivas eran las medidas de profilaxis de ProFinal, “no basta ser limpio; también hay que parecerlo”, solía decir Mr. Yee, que Juan y sus dos acompañantes parecían enfundados en tres condones. Cubiertos desde la cabeza a los pies por un traje de una sola pieza de látex blanco, con tan solo una apertura a la altura de los ojos para dejar asomar los visores y una chapita en el pecho con el nombre y el cargo del portador, sin duda no eran una buena perspectiva para una prostituta.

Entraron en el almacén.

En recepción, justo debajo del logotipo de Sheridan & Co, les estaba esperando la secretaria del Departamento de Mantenimiento, responsable de la salubridad de las instalaciones. Y, por tanto, del certificado ministerial necesario para continuar con su actividad importadora de alimentos exóticos. Estaba realmente preocupada, ni siquiera saludó: temían una inspección de Sanidad en cualquier momento y en aquellas condiciones... Nada más verlos, dio media vuelta y se encaminó a toda velocidad hacia la zona contaminada. La siguieron, claro.

Aunque para aquella mujer que caminaba a unos dos metros escasos por delante de ellos, atravesando pasillos, abriendo puertas y pulsando maquinalmente códigos de seguridad en cada una de ellas, la situación era de una emergencia excepcional, Juan ya sabía qué le esperaba al final de aquel trayecto. Tanto que ni siquiera se tomó la molestia de repasar los prolegómenos de la que iba a ser su actuación exterminadora en caso de infestación por *Fulgora lanternaria* colombiana o *Fulgora negris* peruana, cuyas larvas Sheridan & Co habría importado bajo la etiqueta del alguna lata de palmitos o piña, ambos al natural: se trataría de localizar el foco de la infección y, a partir de ahí, trazando una espiral, ir rociando insecticida; una vez cubierta toda la zona, la plaga no tardaría más de dos horas en ser aniquilada.... Nada demasiado excepcional, la verdad. Cucarachas, al fin y al cabo. Y sin demasiado interés entomológico.

La secretaria caminaba a toda velocidad, como si de aquella carrera fuese a depender un ascenso o una subida de sueldo. Tan rápido iba que las cámaras de seguridad que pendían del techo en cada pasillo, no podían seguirla, con su giro lento y cotilla. Juan imaginó la sala de circuito cerrado, una batería de doce monitores, tres, tres, tres y tres, y a los vigilantes frente aquellas pantallas, frente aquel ocelo de visión fragmentaria como el ojo de una mosca, e imaginó a la secretaria cruzándolos todos... Tan rápido iba que más parecía estar en un campeonato de marcha, clasificatorio para la próxima olimpiada... Pero eso sí, gracias a aquel ímpetu, sus glúteos no cesaban de subir y bajar, acompasados, dentro de la falda. “El culo merece la pena, sí señor”, pensó Juan.

—Perdone, un segundo —la detuvo.

Y sin darle tiempo para reaccionar y evitar así un ataque de histeria, con la mano enguantada atrapó algo que campaba ahí donde la espalda pierde su casto nombre. Era una cría de *Fulgora lanternaria* colombiana.

Blanca, además.

La guardó en un recipiente y continuaron la marcha.

Ya sabía el lugar que ocuparía aquel ejemplar en la Sala de Exposiciones ProFinal.

Además de a Cristo, en la curia colombiana rezan a una cucaracha llamada “La Machaca”. Porque “La Machaca”, dicen, ha casado a más parejas que todos los Santos Evangelios.

Todo empezó hace muchos años durante las fiestas anuales de un pequeño pueblo del Putumayo. Un par de periodistas de la capital fueron enviados a cubrir el evento. Como pronto cayeron en la cuenta de que aquella celebración carecía de la chicha suficiente como para contentar a sus editores, comenzaron un periplo por el pueblo tratando de descubrir algo que fuese interesante. Lo que fuera. Hasta que la suerte les llevo a una pequeña exposición de artesanos que vendían, entre muchas otras cosas, mochilas, vasijas, collares... Entre aquellas cosas, los periodistas encontraron un insecto que nunca habían visto antes y preguntaron qué era aquello. El comerciante contestó que se trataba de La Machaca (Fulgora lanternaria) y que era un bicho muy peligroso, porque su picadura era mortal. La única forma de evitar morir era hacer el amor dentro de las 12 horas siguientes a la picadura. La historia apareció en la primera página en la siguiente edición del periódico. Inmediatamente se desató una epidemia de picaduras de machaca. Tanto es así, que incluso se registró el caso de unas monjas que prefirieron morir antes que acudir al tratamiento. Esto sucedió hace cincuenta años y aún hoy se siguen reportando accidentes por machaca, aunque con un toque de malicia y buen humor, en ciertos círculos de la sociedad colombiana. Hoy hay que aclarar de una vez por todas que los fulgóridos en general son insectos totalmente inofensivos y que a pesar de las explicaciones realizadas por los expertos en este sentido, muchos colombianos deben su boda a esta historia.

Juan apretó el botón de parada del cronómetro justo cuando este señalaba 124 minutos, 25 segundos exactos. Era el tiempo que habían invertido en erradicar la plaga. Lo más arduo fue dar con el foco de infección, una lata de palmitos importada, en cuya etiqueta, entre la goma adhesiva y el papel, había hecho su nido una cucaracha en la lejana Colombia. Y es que la composición de algunos pegamentos es un manjar para determinados artrópodos. Y una dieta sana y equilibrada para sus larvas. Si a esa fuente de alimentos, rica en proteínas y grasas polisaturadas, le sumamos las tres semanas de oscuridad absoluta que dura la travesía hasta este continente, el envés de la etiqueta se convierte en el paraíso de toda la cucaracha. Un oasis donde florecer alejadas de la luz y de la mano del hombre u otros depredadores. No era de extrañar que tanto Sheridan como otros importadores de alimentos tropicales fuesen una importante fuente de ingresos para ProFinal.

Una vez detectado el foco, había que rociar sus inmediaciones con un insecticida especial. En esta ocasión, Juan escogió el BlackRoachBlaster 4.700 de Bayer. Una maravilla de la química alemana. Inocuo para el ser humano, era implacable con la Fulgora lanternaria colombiana. Incluso un lactante podría tomarse una cucharada de aquel portento de laboratorio durante días y no sufrir ni la más mínima lesión. Además, era inodoro e insípido. Y sin embargo, bastaba que una cucaracha estuviese a menos de un metro de una cantidad ínfima de RoachBlaster para que abandonase este mundo entre estertores y espasmos. Porque menos de 5 mm³ bastaban para que sufriese la más espantosa de las muertes, ya que entre los componentes de su fórmula destacaban tres aminoácidos, cuya patente disfrutaba en exclusiva la poderosa industria farmacéutica teutona, que atacaban sin piedad al sistema nervioso del artrópodo, procurándole una severa parálisis general en escasos milisegundos y, como consecuencia, una lenta y dolorosa defunción por inanición. “Menos mal que las cucarachas no gritan”, pensaba Juan siempre que lanzaba un ataque con RoachBlaster, “si no esto sería una escena infernal”. Y quizá por eso tarareaba la Cabalgata de las Valkirias mientras soñaba que su pistola de chorro a compresión era un helicóptero americano en pleno ataque por sorpresa a aquella subestación poblada de pequeñas charlies negras.

—Esto está hecho. En dos días volveremos —le dijo al ya entonces agradecido Director del Departamento de Mantenimiento de Sheridan a modo de despedida —para una Sesión de Mantenimiento y Control.

La sesión de mantenimiento y control, obligada según lo prescrito en el PEPIT-O, era en realidad una sesión de limpieza. De basureo. Un eufemismo para la recogida indiscriminada de cadáveres: operarios de rango menor y aprendices, cargados con aspiradoras portátiles, recorrían el lugar succionando armaduras de quitina

De la secretaria del Departamento de Mantenimiento no volvió a saber nada.

Cambiando nuestros gustos alimenticios podríamos acabar con el hambre en el mundo. Sólo hay que empezar a comer otros tipos de artrópodos. Hoy devoramos con placer gambas, langostinos y centollos; si devorásemos con la misma fruición saltamontes, arañas, moscas y termitas, se reduciría considerablemente la mortandad debida a la malnutrición.

Obsérvese el cuadro siguiente:

| <u>Especie</u> | <u>Proteínas</u> (%) |
|--------------------------------|-------------------------|
| <i>Pollo</i> | 23 |
| <i>Pescado</i> | 21 |
| <i>Carne de Bovino</i> | 20 |
| <i>Carne de Cerdo</i> | 17 |
| <i>Carne de Ovino</i> | 17 |
| <i>Saltamontes y Langostas</i> | 50 —75 |
| <i>Arañas</i> | 64 |
| <i>Larvas de mosca</i> | 64 |
| <i>Termitas</i> | 46 |

Sólo en Estados Unidos y Canadá durante el otoño los apicultores eliminan sus colonias de abejas y compran otra en la primavera siguiente: cerca de 500.000 kilos de abejas son desperdiciadas cada año, lo que supone 80.000 kilos de proteína desperdiciada.

Las moscas producen por cada 6.5 cm² de estiércol, un gramo de larvas al día. Si dispusiésemos una hectárea de estiércol en un ambiente cerrado, al cabo de un año nos encontraríamos con más de 992.000 kilos de larvas. Si procesáramos estas larvas produciríamos 180.000 kilos de proteína pura.

Los cuerpos de las termitas, gramo a gramo contienen dos veces más proteínas que el más caro filet mignon. Las proteínas de las termitas contienen más aminoácidos esenciales para los seres humanos que cualquier otra proteína animal. Las termitas son la forma de vida más abundante de la tierra. Una colonia de termitas puede contener de 10.000 a 3 millones de insectos.

—...sube pedazo de gili...—por desgracia un zumbido no permite escuchar el final de la frase: es el zumbido que abre la puerta del portal. Bzzzzzz. Clack. Es el chasquido de la cerradura. ¡Zas! Es el portazo que pega el portón al cerrarse.

Crack. Es el ruido de la suela al aplastar la vieja tarima. Creeeeck. Es el quejido de la madera tras ser aplastada. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Crack. Creeeeck. Es el diálogo suela—escalón que acompañaba a Juan mientras llegaba al primer piso. Ñiiiiieeck. Es la puerta que se abre. No ha habido que llamar al timbre. ¡Plash! ¡Plash? Es la bofetada en la cara de Juan.

—¿Eh...? —intentó decir mientras esquivaba aquella inesperada torta.

—La de esta mañana fue por el susto que me diste; esta es por engañarme...

—¿Engañarte?

—Sí, por no decirme que tenías un hermano gemelo. Estoy hasta el culo de tus secretos. Pero esta vez has batido tu propio récord. Te has sobrado. Pase que me la dices al mentirme con tu trabajo. O que me la colases con aquella historia sobre tus padres... ¡Pero que me escondieras esto, eso no tiene nombre! Resulta que para una vez que me decido a acostarme contigo va y, tonta de mí, lo hago con el hermano equivocado. ¡Cabronazo! ¿Cómo crees que me siento? ¡Sois unos capullos enfermos! La próxima vez os vais a jugar con vuestra puta madre...

El cabreo de Una no tenía trazas de amainar, así que Juan se acomodó y se preparó para aguantar el chaparrón. Hasta se puso el cojín sobre el pecho a modo de protección. No es que tuviese miedo físico, no, las agresiones no iban a ir más allá, pero nunca se sabe... Lo mejor que podía hacer era mantener la boquita cerrada hasta que se despejase el horizonte. Pero como no remitía el temporal, Una siguió echando rayos y centellas por la boca.

Hasta que de pronto le entró una duda.

—¿No serás tú tu hermano gemelo?

—Una...

—¿No me digas que me he vuelto a equivocar de Juan? —dijo Una, a quien la sombra de la duda la enfadaba aún más, si cabe —Mira que me están entrando ganas de vomitar.

—Una...

—¿Lo tienes?

—Yo qué sé; yo hasta esta mañana pensaba que no... Ahora no sé. ¡Qué idiotez: yo no tengo un hermano gemelo!

Y, por fin, se hizo el silencio.

—Una... ¿con quién estuviste ayer?

Ella le miró sin comprender. Extrañada. ¿Qué clase de pregunta era aquella?

—¡Con tu hermano! ¿Contigo? ¡Dímelo tú!

Y no pudo más. La pobre se levantó y corrió al baño. Cerró de un portazo. Lo último que supo de ella era que tosía con esa tos que sólo ataca cuando uno está agachado en cuclillas sobre la taza del váter.

—¿Estás bien? —le preguntó Juan una vez que había vuelto.

—No —y se sentó en el sillón.

Estaba asqueada. Molesta. Indignada. Descompuesta. Fuera de sí. Peor que fuera de sí. Más allá de fuera de sí. Quería gritar. Llorar. Insultar. Blasfemar. Estallar. Se sentía sucia. Infecta. Obscena. Pútrida.

Atónita.

Perpleja.

Confusa.

Turbada.

Muda.

—Creo —continuó cuando recuperó la voz —que yo no me merezco esto. Siempre te he tratado bien. Te he ayudado cuando me lo has pedido. Te he acompañado cuando estabas solo. Entre nosotros las cosas iban bien. No lo entiendo. No entiendo por qué tienes que tirarlo todo a la mierda. No lo entiendo. ¿Tú que ganas con esto?

—Una —ahora que ella se había calmado, o mejor dicho, ahora que ya no lanzaba llamaradas por la boca, quizá fuese el momento para que Juan intentase explicarse: —yo no gano nada con esto porque yo no he hecho nada. De verdad. Es cierto que a veces no te he contado toda la verdad, pero sabes que nunca te he engañado. Y mucho menos con una cosa así. Jamás te haría una cosa así.

Lo dejó ahí. La situación requería una disculpa, requería ternura y paciencia. Y Juan estaba dispuesto a darlo todo. Disculpas, ternura y paciencia. Si él había visto un fantasma, su supuesto hermano gemelo, ella se había acostado con él, con su supuesto hermano gemelo. El muy cabrón se lo había montado bien anoche: se lo había hecho con Una. Había conseguido en tan sólo unas horas lo que él llevaba ansiando meses...

—¿Quieres decir que no sabes quién ha dormido en mi cama? ¿Que esos abrazos, esos besos...?

Juan no contestó. Qué decir ante aquellas preguntas. Además, él buscaba las mismas respuestas. Pero no acababa de encontrar la forma de hacerse entender, de compartir su incertidumbre.

—No, no sé de quién eran. Y lo siento. De verdad que lo siento.

—Pues era exacto, clavadito a ti.

—Esa es la cosa. Alguien clavadito a mí ha pasado aquí la noche. Contigo. Alguien que no era yo. Y que no era mi hermano gemelo. Yo no tengo, bueno, nunca he tenido un hermano gemelo.

Ahora era Una la que se protegía con un cojín sobre el estómago. Sin duda, no le iban las movidas raras. Y aquella era, se quiera o no, bastante rarita.

—¡Juan, ya basta! —no podía más. Si aquello se prolongaba unos segundos más acabaría por estallar. Y lo último que quería era llorar.

—Te juro que yo esta noche no te he visto antes de las cinco y media. Y te juro que no tengo un hermano gemelo. No sé cómo decírtelo.

—¿Quieres decir que ese lamparón que hay en mi cama, el semen que lleva manchando mis bragas desde esta mañana no es tuyo? ¿Ni de tu hermano gemelo? —no había acabado la frase cuando ya estaba otra vez corriendo en dirección al baño. Pero esta vez dejó la puerta abierta.

—¿Entonces quién cenó aquí conmigo? ¿Quién repitió dorada al horno?... ¡hasta creo que tengo por ahí el tique de la pescadería! Nos bebimos dos botellas de vino blanco y con el puntillo nos...

—Os...

—¿No nos...?

—No.

Juan se inclinó hacia delante y levantó la voz unos decibelios, como para que ella le escuchase desde el baño: ella merecía una explicación. Y él la necesitaba. Le contó que él aquella noche cenó una tortilla francesa y un poco de queso blanco, algo frugal y fácil de digerir, se acostó pronto, concentrado porque debía levantarse temprano, repasó mentalmente un par de veces el plan que tenía que llevar a cabo y que, a las cinco de la madrugada se despertó. Que hacía un amanecer infernal, más propio del país de Papá Noel que de su ciudad, que nevaba, que había ventisca y niebla. Que cuando llegó al coche, este al principio no quería arrancar. Que una vez que se puso en marcha, tuvo que ir tan despacio por las calles que pensó que nunca llegaría a su destino. Y que, efectivamente, nunca llegó a su destino, pero no porque se lo impidieran las inclemencias del tiempo, sino porque un parque de atracciones móvil le había sacado de la carretera.

Le contó que cuando llegó se acostó en el sofá con la promesa de un desayuno especial. Que cuando vio el desayuno, no se lo podía creer, que todavía se le hacía la boca agua al recordarlo. Que entonces apareció alguien exactamente igual a él, alguien que también decía llamarse Juan y que tenía toda la pinta de haber pasado una noche inolvidable. Alguien que tenía toda la pinta de ser un listillo, un triunfador, un gilipollas... Pero alguien que no era su hermano gemelo. Él no había tenido un hermano gemelo en su vida y no iba a empezar ahora a tenerlo. Le contó su extrañeza al descubrir que había alguien en el mundo que era su doble exacto, idénticos como dos gotas de aguas, tan parecidos que hubiera pensado que se trataba de un relejo en algún espejo si no hubiese sido por la falta de simetría espectacular.

—A mí siempre me ha pasado una cosa muy curiosa. Cuando yo era pequeño tenía un amigo, bueno, era mi mejor amigo. Se llamaba Iñaki Estellés. Íbamos a la misma clase... fuimos a la misma clase durante todo el colegio. Estábamos siempre juntos. Teníamos un grupo de tecno, jugábamos al tenis casi todos los días e intentábamos ligar todo lo que podíamos. Éramos dos adolescentes convencidos de ser los tipos más seductores del mundo. Recuerdo que un día hasta nos besamos compitiendo por una chica... Bueno, el caso es que ahora ya no nos vemos desde hace tiempo. Y me acuerdo mucho de él. Tanto que muchas veces pongo su cara en cuerpos que no le corresponden, creo que en situaciones en las que me gustaría que estuviese. Veo a Andy García en el cine y no veo su cara: veo a Iñaki. Pongo la tele y sale Raúl, el futbolista: veo a Iñaki. Leo una entrevista con Fernando Alonso y adivina a quién veo: a

Iñaki. Joder, si hasta me pasa con el Presidente del Gobierno. Supongo que le pasa a mucha gente, proyectar la cara de sus seres queridos en otras personas. Pero esto, lo de ahora, no me había pasado jamás. Todo el mundo ha pensado alguna vez que tiene un doble. ¿A quién no le han contado alguna vez que se parece mucho a alguien, a un vecino, a alguien que se han cruzado en la cola del supermercado, a alguien con quien coinciden en la lavandería? Pero una cosa es que te lo cuenten y otra muy distinta que lo veas con tus propios ojos.

Las palabras de Juan tuvieron un curioso efecto en su amiga. Por supuesto, no sirvieron para convencerla de que el amante tan generoso que había compartido su noche no eran él ni su hermano gemelo; pero el relato de Juan, el énfasis que ponía al exponer sus ideas, en el entusiasmo empleado en cada argumentación, en el ímpetu con que rebatía cualquier crítica, abrieron una leve grieta, un angosto resquicio por el que se coló un finísimo haz de duda.

—Entonces, ¿quién era él?

Las hormigas son un insecto social. Tanto que sin hormigueros no hay hormigas. Y sin hormigas no hay hormigueros. Y la explicación es relativamente sencilla: todas las hormigas de un mismo hormiguero, independientemente de su casta o clase, son parientes. Parientes muy cercanos, además.

Hamilton descubrió que los miembros del orden de insectos Himenópteros, hormigas, abejas y avispas, heredan el sexo mediante la haplodiploidía: los huevos fecundados, que son diploides (esto es, poseen dos juegos de cromosomas), se convierten en hembras. Los huevos no fecundados, que son haploides (un único juego de cromosomas), se convierten en machos. De esta forma, todos los machos de un mismo hormiguero sólo portan un juego cromosómico, que obtuvieron de su madre. Así, al fecundar a la reina, todos los espermatozoides son idénticos. Genéticamente idénticos. Y, en consecuencia, su descendencia comparte siempre el 75% de la carga genética (lo usual es que las crías compartan sólo un 50% de dicha carga). Por lo que para las hormigas, abejas y avispas es más provechoso trabajar para la supervivencia de las hermanas y hermanos, para la totalidad de la comunidad, en una palabra, para el hormiguero o el panal, que para su propia descendencia.

Después de los hermanos gemelos, ningún otro ser vivo comparte tanta información genética como los miembros de un mismo hormiguero.

—Si no fuiste tú y no fue tu hermano gemelo, ¿quién era? Porque según tú, esta noche me he follado a alguien que no existe.

—No sé, eso deberías decírmelo tú.

El silencio se volvió a instalar entre ellos. De la perplejidad inicial, pasaron a una perplejidad más profunda. Cósmica, hubiera dicho Mr. Yee. De pronto el salón se había convertido en una sala de espera, una sala a la espera de respuestas. Una sabía que había pasado la noche con alguien, todavía podía sentir el aroma de la piel de su amante, sus caricias, pero no sabía con quién. Juan, sabía que había desayunado con alguien tan parecido a él mismo que incluso su mejor amiga los había confundido, alguien que también se llamaba Juan y que había cumplido uno de sus sueños más preciados: acostarse con Una. Todo un capullo. Pero un capullo envidiable.

—¿Pero no te extrañó vernos aquí, juntos?

—Claro. Pero como tú nunca cuentas nada... Ya te he dicho que pensé que era otro de tus secretos. ¿Cuánto tardaste en contarme la verdad sobre dónde trabajabas? ¿Y cuántas veces me has contado la misma historia con finales diferentes? Creí que era uno de tus rollos. Además, pensé que era un juego vuestro. Y que no iba a caer en vuestra trampa. Que no os iba a dar ese gusto.

—Joder...

—Y yo que pensaba que eras tú...

Hacer el amor abre el apetito. Y si eres hembra, la posible fecundación consiguiente requiere un aporte proteínico extra. Un hecho que, en el diminuto universo de los artrópodos, convierte a las hembras en extremadamente peligrosas.

Por eso no es de extrañar que la cópula entre mantis dure, a veces, más de 12 horas.

El cortejo comienza cuando el macho detecta las feromonas que desprende la hembra: señal de partida de uno de los rituales amorosos más largos de la fauna invertebrada. A partir de ese momento, el macho se afanará por localizar a la hembra efluyente y, sin perderla jamás de vista, intentará acercarse a ella con la mayor de las cautelas. Una hazaña a la que el macho, previsor, puede dedicarle unas horas.

Cuando se presenta la oportunidad, el macho se abalanza sobre la hembra y se encarama a su espalda, donde permanecerá, quieto, como mínimo, 20 minutos. Durante todo ese tiempo, el macho intenta ganar el corazón y la confianza de la hembra mediante un suave masaje con las antenas o las patas anteriores a la hembra en la espalda. Una vez adquirida la intimidación, el macho se desliza hacia atrás, arquea la parte posterior de

su abdomen hacia abajo, para establecer contacto con la cloaca de la hembra y le transfiere su esperma.

Entonces, el macho sólo querrá huir.

Porque no es infrecuente que la hembra comience a devorarlo, incluso que lo haga antes de que la transferencia de esperma haya concluido: empezará por la cabeza, donde se encuentra el centro que podría inhibir la cópula, y seguirá con el resto del cuerpo, hasta que la hembra haya despedazado, lentamente eso sí, a su compañero, que se convierte así en una valiosa fuente de proteínas para la futura producción de los huevos.

—Juan, Mr. Yee te está esperando en su despacho.

“Joder, todavía no he entrado y ya quiere verme. ¿Qué querrá ahora?”

—¿El policía sigue aquí?

—No.

—Gracias.

Y la recepcionista se quedó mirándole fijamente mientras se dirigía al despacho de Mr. Yee. En esa situación y en otras parecidas, Juan no podía evitar preguntarse si le estaría mirando el culo. Y, más aún, si lo que veía le gustaba. “Si no le gustase, no lo miraría tanto”, pensó.

—¿Me buscaba? —preguntó Juan mientras asomaba la cabeza en el despacho de su jefe.

—Pasa hijo, pasa. Siéntate —Otra vez tocaba rollo —. No he tenido tiempo para leer tu informe sobre la actuación de Sheridan. ¿Todo bien?

— Todo bien —pero Juan no encontró respuesta. Se produjo una pausa. O sea, que Juan tenía que explayarse: tenía que improvisar allí el informe. Lástima que no hubiera cogido la grabadora de su despacho; así solo hubiera tenido que pasarlo a limpio después. Pero no le pareció procedente comentarlo. —Todo bien, como siempre. Llegamos en menos de 25 minutos, lo que teniendo en cuenta el estado del tráfico puede considerarse una hazaña. Era una Fulgora lanternaria colombiana, cuyas larvas habían importado bajo la etiqueta de una lata de palmitos. Aplicamos la diligencia definida en los prolegómenos de actuación para el caso, establecidos en el PEPIT-O, Plan de Emergencia para Infecciones Tropicales, capítulo Cero, punto dos...

—Juan, sé perfectamente qué dice el Plan. Lo redactamos juntos, ¿recuerdas?

—Claro, estaba intentando ser fiel al informe. Bueno, pues aplicamos el tratamiento especificado para estos casos y marcamos las pautas de mantenimiento. Tenemos que volver dentro de dos días para

fumigar con una solución de alcaloides. ¡Toda la actuación nos llevó 124 minutos, 25 segundos exactos! —exclamó exultante Juan.

Pero como respuesta a aquella hazaña, sólo consiguió una cosa: silencio. Mr. Yee aún le seguía mirando fijamente. Sin embargo, Juan ya no tenía nada más que añadir.

—¿Y no pasó nada más?

—No.

—¿En serio?

—No.

—Han llamado para quejarse —le espetó Mr. Yee—. La secretaria del Departamento de Mantenimiento. Nuestra clienta —al ver la cara de incompreensión de Juan, enseguida trató de explicarse—. Estoy seguro que se trata de un malentendido. Pero es una buena clienta. Así que nos conviene aclarar las cosas. ¿Pasó algo con ella?

—¿Con la secretaria? No, no pasó nada.

—¿Seguro? Intenta recordar...

—Nos estaba esperando en recepción cuando llegamos. Nos condujo a toda velocidad hasta la zona afectada. Eso fue todo.

—¿Ella les condujo? ¿Iba delante? ¿Tenía un bonito trasero?

Al contrario que Judas, Juan afirmó tres veces seguidas.

—Ya le he dicho mil veces que su obsesión por los traseros nos iba a traer problemas. ¿No es cierto que en un momento determinado se acercó usted a su culo y lo pellizcó?

Juan comenzó a reírse a carcajada limpia. Así que aquello era el misterio. Ella había interpretado aquel gesto como un pellizco en el culo. Jajaja. “Hay que ser imbécil”. Jajaja. Se levantó sin dejar de reír y salió del despacho. Al cabo de unos segundos volvió y le enseñó un frasquito a Mr. Yee. El frasquito contenía una solución de éter de alta salinidad y en esta flotaba un precioso ejemplar blanco de Fulgora lanternaria colombiano. Y, mientras todo esto pasaba, Juan seguía riéndose. Sin parar.

—Perdone Mr. Yee, pero no lo puedo evitar. Es cierto que le miré el culo mientras nos llevaba hasta el núcleo de la infesta... y que cuando se lo miré, vi que a este hermoso ejemplar también le había gustado: tanto que estaba allí plantado, tan ricamente. Así que decidí atraparlo para nuestra colección. No se lo dije a la chica en cuestión para evitar que se pusiera histérica... Pensé que no se había dado cuenta.

—Pues se dio cuenta. Y nos ha enviado una protesta por escrito. Mejor hubiera sido que se pusiese histérica por la cucaracha que no por un pellizco que ni siquiera existió. En fin, hágame el favor de ponerse en contacto con ella y explicárselo. Espero que así retire la protesta. ¡Ah —añadió como colofón el oriental—, sepa usted que me alegra saber que

su obsesión por los culos no ha llegado tan lejos como para agredir a un buen cliente!

Juan hacía ya el ademán de levantarse para ir a cumplir la penitencia impuesta, cuando Mr. Yee volvió a abrir la boca:

—Un segundo, déjeme ver ese frasco. Maravilloso ejemplar —dijo una vez que tuvo el tarro entre sus manos —, una preciosa Fulgora lanternaria colombiana capturada en el exacto momento en que ha abandonado su viejo exosqueleto. Fantástico. ¿Es para la colección?

—Por supues...

—Por cierto, que de la colección quería hablarle...

Juan volvió a arrellanarse en la silla. Aquello aún no había acabado. Y más cuando se trataba de la colección. Porque la Sala-Museo ProFinal se estaba convirtiendo en una obsesión para Mr. Yee. Era su mausoleo. Su panteón. Si en aquel momento le hubiese dicho a Juan que su última voluntad era ser enterrado allí, flotando en una solución de éter de alta salinidad dentro en un frasquito, entre la cucaracha blanca que atrapó de joven y algún otro ejemplar excepcional, no le hubiera extrañado nada.

—En estos días he estado pensando mucho en la colección. Ha hecho usted un magnífico trabajo y se lo agradezco, pero creo aún no acaba de hacer clic —y giró una mano contra la otra, como dos piezas que encajan en un mecanismo. —Necesitamos darle otra vuelta. La instalación es perfecta pero necesitamos ganar en espectacularidad. La didáctica es estupenda, sólo hay que ver la de colegios que, incluso antes de haber inaugurado, ya nos piden permiso para visitarnos, pero aún necesita ser más sugerente. Necesitamos darle un impulso, ¿cómo lo diría yo para que usted me entienda?, un empujón conceptual. Eso es. Conceptual. Póngase a ello inmediatamente.

Y como por arte de magia, sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta. Se la entregó. Era plateada. De un material plástico que no provenía de la celulosa. Algún derivado del petróleo.

De la visita policial no dijo nada.